Miércoles, 23 de enero 2013

La restauración de los Comunes

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/01/restoring-commons.html

El duro trabajo de reconstrucción de los EE.UU. post-imperiales, como sugerí en el post de la semana pasada, va a necesitar recuperar o reinventar muchas de las cosas que esta nación tiró al cubo de la basura, con gritos de júbilo, cuando echó a correr persiguiendo sus ambiciones imperiales. Las habilidades básicas del proceso democrático son algunas de las cosas en esa lista; pero como ya sugerí el mes pasado, se necesitan las habilidades, todavía más básicas, del aprendizaje y el pensamiento en las que se asienta la práctica de la democracia.

Todo eso sigue siendo crucial. Pero con todo, se da la circunstancia de que un número notablemente grande del resto de lo que necesitará reinstaurarse son variaciones de un tema común. Lo que es más, es un tema sencillo o, más precisamente, sería sencillo si tanta gente en estos días no estuviera ocupada tratando de fingir que el concepto esencial o bien no existe o no muestra los retos específicos que lo han hecho tan problemático en los últimos años. ¿Cuál es este concepto? Es el modo de participación colectiva en el uso de los recursos (desde los recursos materiales hasta los más abstractos) generalmente definidos como "los comunes".

El incuestionable filósofo verde Garrett Hardin jugó un papel central hace décadas al llamar la atención sobre dicho fenómeno con su ensayo "La tragedia de los comunes[1] (The Tragedy of the Commons)". Es un trabajo notable, y se ha vuelto aún más notable por la gran variedad de distorsiones que pensadores de todo el espectro económico y político han desarrollado en el intento de eludir sus conclusiones. Esas maniobras han tenido bastante éxito. Sospecho, por ejemplo, que muchos de mis lectores recordarán el aluvión de declaraciones de hace unos años diciendo que la fallecida economista, ganadora del Premio Nobel, Elinor Ostrom había "refutado" a Hardin con su trabajo sobre la gestión sostenible de los recursos.

En realidad, ella no hizo tal cosa. Hardin demuestra en su ensayo que un recurso comunal mal administrado corre el riesgo de entrar en una espiral viciosa de mala gestión que termina destruyendo el recurso común. Ostrom obtuvo su Nobel, y con razón, por el análisis detallado e incisivo de los tipos de gestión que evitan la tragedia de los comunes descrita por Hardin. Un poco más adelante, en este mismo ensayo, vamos a entender por qué ese tipo de gestión es precisamente algo de lo que nadie quiere hablar ahora en la corriente principal de la vida pública estadounidense. Pero la primera cosa sensata que hay que hacer, la primera tarea, es caminar a través de la lógica del ensayo de Hardin y entender exactamente qué es lo que dijo y por qué es tan importante.

Hardin nos pide que imaginemos un pasto comunal, del tipo que era común en los pueblos medievales de toda Europa. El pasto es propiedad del pueblo en su conjunto y cada uno de los habitantes del pueblo tiene el derecho de llevar su ganado a pastar en él. El pueblo en su conjunto, sin embargo, no tiene ningún derecho sobre la leche que producen las vacas (la leche pertenece al dueño de cada vaca). El pasto es un recurso colectivo, a partir del cual las personas pueden obtener un beneficio privado: esa es la definición básica de un bien común.

En la Edad Media, esos tipos de acuerdo eran comunes en toda Europa, y funcionaron bien porque eran gestionados por la tradición, la costumbre y la inmensa presión ejercida por el consenso informal propio de comunidades pequeñas y muy unidas, apoyados muchas veces por los tribunales feudales locales y por un conjunto de normas consuetudinarias que daban poca importancia a la búsqueda de ventajas personales a expensas de los demás. Los comunes que Hardin nos pide imaginar, sin embargo, ahora no tiene este tipo de protección en casi ningún lugar. Imagínate, dice, que uno de los aldeanos compra

[1]1. Puede leerse traducido ,al español en
https://www.uam.es/personal_pdi/ciencias/jonate/Eco_Rec/Intro/La_tragedia_de_los_comunes.pdf
El original en la revista Science puede consultarse en:
http://www.geo.mtu.edu/~asmayer/rural_sustain/governance/Hardin%201968.pdf

vacas adicionales y las lleva a pastar en los pastos comunales. Un pasto dado sólo puede soportar un número determinado de vacas antes de que sufra daños; para usar la jerga de los ecologistas, tiene una capacidad de carga fija (las vacas de leche) y si se supera la capacidad de carga, el recurso se degradará y reducirá su capacidad de carga en el futuro. Supón que las nuevas vacas aumentan el número total de vacas de modo que se supera la capacidad de carga de la pradera, lo que el pasto puede soportar indefinidamente, de modo que el pasto comienza a degradarse.

Ahora fíjate en el flujo de costes y beneficios. El aldeano con las vacas adicionales recibe todos los beneficios de la leche adicional que le dan sus nuevas vacas, y lo recibe de forma inmediata. Los costes de su acción, por el contrario, se comparten con todos los demás del pueblo, y su impacto se retrasa ya que lleva su tiempo el que los pastos se degraden. Por lo tanto, de acuerdo con las teorías económicas convencionales de hoy en día, el aldeano está haciendo lo correcto. Dado que la leche vale más en este momento que la fracción del coste futuro descontado por la degradación de los pastos que finalmente tendrá que considerar, está ejerciendo su propio interés económico de una manera racional.

Los otros habitantes del pueblo, ante esta situación, tienen la opción de hacer lo propio. (Vamos a suponer, una vez más, que no tienen la opción de forzar a los aldeanos que han metido más vacas “de la cuenta” para que se deshagan de ellas y que el pasto vuelva al nivel que puede soportar indefinidamente.) Pueden no hacer nada (en cuyo caso asumen los costes de la degradación de los pastos, pero no ganan nada a cambio) o pueden comprar más vacas, en cuyo caso también reciben más leche, pero el pasto se degrada aún más rápidamente. Según la mayoría de las teorías económicas de hoy en día, esta última opción es la correcta, ya que les permite maximizar su propio interés económico exactamente de la misma manera que el primer aldeano. El resultado del proceso, sin embargo, es que un pasto que habría podido mantener alimentado un cierto número de reses de forma indefinida se convierte en una zona árida de suelo compactado que no puede sostener ningún ganado en absoluto. Como consecuencia de la búsqueda racional de la ventaja individual se obtiene un empobrecimiento permanente para todo el mundo.

Esto puede parecer de sentido común y de hecho lo es, pero cuando Hardin publicó por primera vez "La tragedia de los comunes" en 1968, estalló como una bomba en los pasillos de la economía académica. Desde la época de Adam Smith, una de las creencias más firmemente asentadas de la economía capitalista ha sido el insistente convencimiento en que si los individuos persiguen sus propios intereses económicos, sin interferencia del gobierno o de cualquier otra persona o entidad, se va a producir con seguridad el mejor resultado para todos. Todavía puedes oír eso a los defensores de la economía de libre mercado, como si únicamente los comunistas la hubieran puesto en tela de juicio. Por eso hoy a muy pocos les gusta hablar de la tragedia de los comunes de Hardin, hablar de esta “herejía económica”, en cierto sentido popular y atractiva, pero peligrosa y casi imposible de defender.

¿Quiere esto decir que la búsqueda racional de la ventaja individual siempre produce resultados negativos para todos? De ningún modo. Los teóricos del capitalismo pueden señalar ejemplos igualmente convincentes tras los cuales opera la mano invisible de Adam Smith para producir beneficios para todo el mundo, y probablemente que esto ocurra con más frecuencia que lo contrario. Pero el hecho es que ocurre, no sólo en teoría, sino también en el mundo real, y que las consecuencias de la tragedia de los comunes pueden llegar mucho más allá de los límites de un pequeño pueblo.

El propio Hardin citó como ejemplo la destrucción de los caladeros oceánicos del mundo por la sobreexplotación, y es un muy buen ejemplo. Si continúan las tendencias actuales, muchos de mis lectores no podrán comer marisco dentro de un par de décadas. Una fuente de alimento que se podría haber gestionado de forma sostenible durante miles de años está siendo destruida en el curso de nuestras vidas, y la lógica detrás de ello es la de la tragedia de los comunes: los integrantes de las industrias pesqueras del mundo, desde las grandes corporaciones a los armadores y los pescadores, están anteponiendo sus propios intereses económicos, y el resultado del proceso es la destrucción por agotamiento de un caladero tras otro.

¿Otro ejemplo? La costumbre que tiene todo el mundo de tratar a la atmósfera como una alcantarilla aérea donde los residuos pueden ser arrojados impunemente. Cada uno de mis lectores que quema combustible fósil, para cualquier propósito, se beneficia directamente de poder arrojar los desechos, el

CO_2, directamente a la atmósfera, en lugar de tener que hacerse cargo de los costes de su eliminación de alguna otra manera. Como resultado de esta búsqueda racional del interés económico personal, hay una posibilidad muy real de que la mayoría de las ciudades costeras del mundo tendrá que ser abandonada por el aumento del nivel de los océanos en el próximo siglo, un coste monstruoso para la economía mundial.

Podrían citarse muchos otros ejemplos del mismo tipo. Sin embargo, en este punto, me gustaría dirigir la atención a una clase diferente de fenómenos y citar la Ley Glass-Steagall, una ley federal que fue aprobada por el Congreso de Estados Unidos en 1933 y derogada en 1999. la Ley Glass-Steagall prohibió a los bancos participar simultáneamente en las actividades de banca de consumo (como tomar depósitos y otorgar préstamos) y las actividades de banca de inversión (tales como la emisión de valores); los bancos tuvieron que elegir una u otra actividad. El cortafuegos entre la banca de consumo y banca de inversión se puso en marcha debido a que en su ausencia, en los años previos a la crisis de 1929, la mayoría de los bancos del país se había involucrado en dudosas transacciones financieras vinculadas a acciones y valores, y el colapso de la banca jugó un enorme papel en llevar a la economía al borde del colapso total.

En la década de 1990, estas salvaguardias les parecían insoportablemente poco elegante a la nueva generación de banqueros, y tras enormes presiones, la Ley Glass-Steagall fue derogada. Aquellos de mis lectores que no hayan pasado la última década escondidos bajo tierra saben exactamente lo que ocurrió a partir de entonces: los bancos volvieron a las viejas malas prácticas que metieron a sus predecesores en problemas en 1929, obtuvieron un beneficio vertiginoso en el corto plazo y causaron graves daños a la economía mundial cuando llegó el inevitable choque en 2008.

Es decir, las acciones realizadas por los individuos (y por esas dudosas “personas jurídicas” llamadas corporaciones) en la búsqueda de su propio beneficio económico privado logran grandes beneficios a corto plazo, pero imponen a todo el mundo enormes costes a largo plazo. Si esto te suena familiar, querido lector, vas por el buen camino. Cuando los individuos o las corporaciones se benefician de su participación en una actividad que supone un coste para la sociedad en su conjunto, si eso no es muy bien gestionado de manera común, un probable resultado es la tragedia de los comunes. La industria bancaria estadounidense antes de 1933 y después de 1999 funcionó, y en la actualidad funciona, en un espacio común sin controles; entre esos años, era un bien común que se gestionaba. Cuando la banca operaba en un espacio común no administrado se produjo exactamente el resultado teoría de Hardin predice; cuando era un bien común gestionado, por el contrario, se evitó una de las principales causas del fracaso bancario, y la banca fue por lo general más una fuente de fuerza que una fuente de debilidad para la economía nacional.

No es difícil encontrar otros ejemplos de lo que supongo que podríamos llamar "fenómenos similares al de los bienes comunes" (es decir, actividades en las que la búsqueda de la ganancia privada pueden imponer costos considerables a la sociedad como un todo) en los EE.UU. contemporáneos. Uno que merece atención en estos días es el de la seguridad alimentaria. Para las empresas de la industria de producción de alimentos para el consumo humano, lograr reducir los costes en la medida de lo posible es una ventaja financiera inmediata, aunque en ocasiones esto dé lugar a productos peligrosos que causan enfermedad o muerte a las personas que los consumen; las ventajas obtenidas por el aumento de los beneficios son inmediatas y van directamente a la cuenta de resultados de la empresa, mientras que los costes de una mayor morbilidad y mortalidad son asumidos por la sociedad en su conjunto (si se da la condición de que el equipo legal de la corporación se basta para mantener a raya las inevitables demandas). De nuevo, la asimetría en el reparto los beneficios y los costos es una ecuación que produce resultados no deseados.

El sistema político de Estados Unidos, en sus etapas imperiales pre-imperiales y al principio de su imperio desarrolló una respuesta característica ante estos desafíos. La Declaración de la Independencia, la fuente del pensamiento político de Estados Unidos, define como propósito del gobierno el permitir la obtención de los derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Hay mucho más de lo que se ve a simple vista en esa frase frecuentemente citada. En particular, no implica que los gobiernos deban proporcionar a nadie la vida, la libertad o la felicidad; su trabajo es simplemente el de garantizar a sus ciudadanos ciertos derechos básicos, que pueden ser inalienables (es decir, que no pueden ser

transferidas legalmente a otra persona, algo que era posible bajo la ley feudal) pero que están lejos de ser absolutos. Lo que hagan los ciudadanos con esos derechos es su propio asunto, al menos en teoría, siempre y cuando el ejercicio de sus derechos no interfiera demasiado con la capacidad de otros para hacer lo mismo. La suposición, entonces y hasta no hace tanto, era que los ciudadanos utilizarían sus derechos para buscar su propio beneficio, por medios tan racionales o irracionales como quisieran, mientras que la comunidad nacional en su conjunto cubriría los costes de garantizar esos derechos contra cualquier persona o entidad que intentase eliminarlos.

Es decir, el objetivo central del gobierno en la tradición americana es el mantenimiento de los bienes comunes de la nación. El gobierno existe para gestionar los distintos asuntos y bienes comunes como fenómenos que son inseparables de la vida en una sociedad civilizada, y por lo tanto tiene el poder de imponer límites a las personas (y a las "personas jurídicas" corporativas) que impidan que su búsqueda de ventajas personales tengan como consecuencia la tragedia de los comunes de una u otra manera. Limitar la capacidad de los bancos para jugar con el dinero de los depositantes es uno de esos límites; la restricción de la libertad de los fabricantes para vender alimentos no seguros es otro, y así sucesivamente hay una lista de regulaciones razonables. Más allá de esos límites necesarios, el gobierno no tiene ninguna capacidad para intervenir. Depende de la gente cómo elijan vivir su vida, ejercer su libertad y buscar la felicidad, con tal de que no se ponga en riesgo la supervivencia de cualquier parte de los bienes comunes de la nación.

Hasta donde yo sé, esa definición no se enseña en ninguna de pocas escuelas de secundaria que todavía ofrecen clases de educación cívica de los jóvenes estadounidenses a punto de alcanzar la edad para votar. Aún así, es un resumen ordenado de generaciones del pensamiento político en las eras pre-imperial y comienzos de la imperial en los EE.UU.. En estos días, por el contrario, es raro encontrar incluso un atisbo de esta función del gobierno. Por el contrario, la función del gobierno en el ocaso de la era imperial es generalmente vista como un asunto de generosidad (de diversos tipos) a cualquier grupo organizado o lo suficientemente influyente capaz de encontrar su sitio en el pesebre. Incluso aquellas personas que insisten en estar en contra de todos los programas gubernamentales de ayuda social ponen el grito en el cielo si algo pone en peligro los programas de los que ellos mismos se benefician; la famosa pancarta que dice "Que el gobierno no se inmiscuya en mi asistencia médica (Government Hands Off My Medicare)" es un vergonzoso buen reflejo de la actitud que los pseudoconservadores estadounidenses adoptan en la práctica, mientras critican en teoría y con la boca chica, el gasto del gobierno.

Podría ocurrir, sin embargo, que se vaya al traste la noción del gobierno como "sugar daddy" (el madurito generoso que mantiene los caprichos de su amante) y se recupere a la vieja noción del Estado como garante de los bienes comunes de la nación. El argumento central es simplemente que como consecuencia del imperio, la catarata de tributos imperiales que posibilitaron en el pasado la generosidad del gobierno van a desaparecer. A medida que los Estados Unidos pierdan la capacidad para disponer de una cuarta parte de los suministros de energía del mundo y de un tercio de sus recursos naturales y de sus productos industriales y tenga que conformarse con lo que pueda producir dentro de sus propias fronteras, el acceso al pesebre en Washington DC (por no hablar de sus equivalentes de las cincuenta capitales de los estados, condados, ayuntamientos, etc. en la pirámide del gobierno) va a escasear.

De hecho, algo así ya está pasando. Es el factor (casi nunca mencionado) detrás de la agobiante paralización de nuestra política: no hay fondos suficientes para repartir generosamente su cuota acostumbrada a cada grupo de presión con capacidad de bloqueo, y los grupos de presión y bloques de veto están respondiendo a este problema poniendo en marcha la maquinaria de cabildeo del gobierno con esfuerzos cada vez más desesperados para conseguir rascar lo que puedan. Esta situación sólo puede acabar en crisis, probablemente en una crisis lo suficientemente grande como para hacer añicos el orden de cosas existente en Washington DC. Tras el terremoto, entre los escombros, el siguiente orden del día irá estableciendo progresivamente alguna manera menos escandalosamente corrupta de gestión de los asuntos de la nación.

Ese proceso de reconstrucción podría ser promovido eficazmente si el concepto pre-imperial de la función del gobierno fuera el de conseguir un poco más de tiempo ahora. He hablado extensamente

aquí y en otras partes acerca de la muy limitada contribución que los grandes planes y largas discusiones pueden aportar al temible futuro energético al que nos dirigimos a toda máquina, y hay una buena cantidad de ironía en el hecho de que estoy a punto de sugerir exactamente la conclusión opuesta con respecto a la esfera política. Sin embargo, las circunstancias no son las mismos. El tiempo para hablar de nuestro futuro energético se fue hace décadas, cuando todavía teníamos el tiempo y los recursos necesarios para conseguir nuevos y más sostenibles sistemas energéticos y de transporte antes de alcanzar el punto máximo de producción de petróleo convencional que nos empuja por la parte a la derecha del pico de Hubbert. El tiempo de hacerlo ya pasó hace mucho, las opciones que nos quedan son muy limitadas y otra ronda de conversaciones no va a lograr nada útil para cambiar el curso de los acontecimientos en este asunto.

Eso es mucho menos cierto para la situación política, porque la política está sujeta a normas muy distintas de las matemáticas implacables del agotamiento del petróleo y de la energía neta. En algún momento en un futuro no muy lejano, el sistema político de los Estados Unidos de América va a enfrentarse a una crisis explosiva, y las ideas que hoy en día están siendo simplemente esbozadas tienen alguna oportunidad de ser promulgadas en las políticas públicas . Eso es exactamente lo que ocurrió a principios de los tres ciclos anteriores de anaciclosis de los que traté en un post anterior de esta serie. (Traducido aquí). En 1776, 1860, y 1933, las ideas que pocos años antes estaban muy en los márgenes de la política redefinieron todo el diálogo político, y en los tres casos, eso fue posible porque esas ideas, otrora marginales, circularon ampliamente y fueron muy extensamente debatidas, incluso aunque la mayoría de las personas que las hicieron circular y quienes las discutieron nunca pudieron imaginar que vivirían para ver esas ideas puestas en práctica.

Puedes estar seguro de que hay un montón de ideas sobre política y sociedad circulando en los márgenes de la política americana de hoy. Me gustaría sugerir, sin embargo, que hay que reivindicar una visión más antigua, pre-imperial, de lo que puede y lo que debe hacer el gobierno en los EE.UU. del futuro. Un sistema político que conciba su papel como el de mantener un espacio abierto donde los ciudadanos puedan perseguir sus propios sueños y experimentar con su propia vida es inherentemente mejor si hay debates y discusiones que alternativas más reguladas, vengan de la izquierda o de la derecha. La disparidad de opiniones, para volver a un tema fundamental de este blog, es la mejor estrategia que tenemos a medida que avanzamos hacia un futuro en el que nadie puede estar seguro de tener las respuestas correctas.